

Arrojarse por librarle.
 Su madre se abraza de ella,
 Diciendo, loca ¿que haces?
 Muere sin dárlo á entender,
 Pues por tu desdicha sabes,
 Que no hay quien baste
 Contra la voluntad de un Rey amante.

Llegó un recado del Rey,
 En que manda, que señale
 Una casa de sus deudos,
 Y que la tenga por cárcel.
 Dixo Zelindaxa, digan
 Al Rey que por no trocarne,
 Escojo para prision
 La memoria de mi Azarque,
 Y habrá quien baste
 Contra la voluntad de un Rey amante.

PARTE II.

ROMANCES PASTORILES.

I.

EL tronco de ovas vestido
 De un álamo verde y blanco
 Entre espadañas y juncos
 Bañaba el agua del Tajo,
 Y las puntas de su altura
 Del ardiente sol los rayos,
 Y todo el arbol dos vides
 Entre racimos y lazos:
 Al son del agua y las ramas
 Heria el céfiro manso
 En las plateadas hojas
 Tronco, punta, vides y árbol.
 Este con llorosos ojos
 Mirando estaba Belardo,
 Porque fué un tiempo su gloria
 Como ahora es su cuidado.
 Vió de dos tórtolas bellas
 Texido un nido en lo alto,
 Y que con arrulllos roncós
 Los picos se están besando.
 Tomó una piedra el pastor,

Y esparció en el ayre vano
Ramas, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:

Dexad la dulce acogida
Que la que el amor le dió
Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.
Piérdase vuestra amistad
Pues que se perdió la mía,
Que no ha de haber compañía
Donde está mi soledad.

Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
Adonde irán á parar
Los amantes desdichados.
Y vió, que en un verde pino
Otra vez se están besando;
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto:

Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte
¿Quién habrá que las aparte
Si apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché,
Y ya teneis compañía,
Quiero esperar que algun día
Con Filis me juntaré.

II.

De las africanas playas
Alejado de sus huertas
Mira el forzado hortelano
De España las altas tierras.
Mira las golosas cabras
En las peladas laderas,
Que apenas se determina
Si son cabras ó son peñas.
Tiende la envidiosa vista
Por las abundosas vegas
Y comarcanas cabanas,
Que casi á la par humean.
Miraba por Gibraltar
Las heladas rocas yertas
Azotadas de las ondas,
Y arrancadas de la arena.
Mira el estrecho cubierto,
Y las hervientes arenas,
Que le parece que braman,
Y por mil partes resuenan.
O sagrado mar, le dice,
Haz con mis suspiros treguas;
Perdona si ellos ó el viento,
Son causa de tu tormenta.
Pásame en esotra playa;
Que si en ella me presentas,
Te ofreceré un blanco toro.
El mejor de mis dehesas.

No quiero que mis deseos
 Vayan á terras agenas ;
 Da vida á un nuevo Leandro,
 Que en tus manos se encomienda.
 Esto dicitado el forzado ,
 En las blandas ondas se echa
 Con los brazos á remar ,
 Hiende, rompe, rasga y huella.
 Mas allá á la media noche
 Quando los miembros le aquejan
 Temeroso de su daño
 Habló así á las ondas fieras :
 Queridas y amadas ondas ,
 Pues determinais que muera ,
 Dexadme salir amigas ,
 Que yo os pagaré esta deuda.
 Fuéle el viento favorable ,
 Oyó fortuna sus quejas ,
 Y á nacer el rubio sol ,
 Hizó pie sobre la arena.
 Dió gracias al mar piadoso ,
 Al viento, norte y estrellas ,
 Y con ceremonia humilde
 Besó y adoró la tierra.

III.

Al dulce y sabroso canto
 De las aves placenteras ,
 Ya recaudaba la aurora

La

La escura nube desierta ,
 Quando un pastor desdichado
 De ningun sueño recuerda ,
 Porque quien cuidados tiene ,
 ¿ Como es posible que duerma ?
 Y por hacer compañía
 A las aves que se quejan
 De algun agravio de amor ,
 Así tambien se querella :
 Ingrato amor, Silvia ingrata ,
 Ciego amor, hermosa fiera
 Mas que las selvas doblada ,
 Y mas que las selvas bella ;
 Quien te dió de Silvia el nombre
 Bien dixo, pues que la selva
 Las fieras bestias produce ,
 Osos y tigres alberga.
 Tú dentro tu pecho hermoso
 Desden y crueldad encierras ,
 Fieras mas duras y esquivas
 Que tigres y que otras fieras
 Pues estas suelen moverse
 A mansedumbre y clemencia ,
 Mas á tu rigor no pueden
 Vencer mis dones y ofertas.
 Triste ! que quando te envío
 Flores hermosas y nuevas ,
 Tú las desdeñas quizá
 Porque en tí las hay mas bellas.

Tomo II.

25

Y si escogidas manzanas
 Te llevo, tú la desechas,
 Quizá porque mas hermosas
 Las de tu seno se muestran.
 Triste! que quando te ofrezco
 La dulce miel la desprecias,
 Quizá por ser mas sabrosa
 La que tus labios encierran;
 Pero si no puedo darte
 Otros dones de mas cuenta,
 Y aquestos en tí se hallan
 Con mas dulzura y belleza;
 A mí mesmo te he entregado,
 Y aun este don menosprecias,
 Que en otro tiempo estimaste,
 Mas al fin todo se trueca:
 Con esto acabó el pastor,
 Para no acabar sus quejas,
 Hasta que acabe la vida,
 O la razon que hay en ellas.

IV.

Presta la venda que tienes,
 Amor, á la bella niña
 Para que cubra los ojos,
 Con que da muerte y da vida.
 Los mas libres corazones
 Prende con sola una vista,
 Los mas soberbios sujeta,

Y los mas firmes derriba.
 Y aunque muriendo viva,
 Goza de gloria el alma que cautiva.
 Si no quieres de tus flechas
 Gozar solas las cenizas,
 Y que de tus tiernos brazos
 Te quite el arco y se rinda,
 Déxale la venda y huye,
 De ella te oculta y te libra;
 Que no hay quien hoy se le escape
 De quantos sus ojos miran.
 Y aunque muriendo, etc.
 No hay zagal en el aldea
 De noble ó de baxa estima
 Que la señal de su hierro
 No trayga en su rostro escrita.
 De lo que las almas sufren
 Salen al rostro las pintas,
 Y por los ojos descubren
 Lo que los suyos lastiman,
 Y aunque muriendo, etc.

V.

En tanto que la tormenta
 Del airado mar se amansa,
 Y que se enxugan las redes
 Y mi barquilla descansa;
 Al son de las olas fieras,
 Que en estas peñas desbravan,

A cuyos golpes se mueven
 Mas que á mis males mi ingrata;
 Quiero hacer un discurso
 De mi vida lastimada,
 Y cantar con voz de cisne,
 Si es verdad que el cisne canta.
 Agora pises la arena,
 Soberbia y hermosa Glauca,
 Desdeñando la tormenta
 Como desdeñas mi alma;
 Agora con tus amigas
 Sobre las redes sentada
 Cuentas de los pescadores
 Las enamoradas ansias;
 Escucha las que padezco,
 Hermosa ingrata, á tu causa,
 Que bastarán á ablandarte
 A no ser de piedra helada.
 Apenas supo la lengua
 Articular las palabras
 Quando sembré por el ayre
 Mis quejas y tu alabanza.
 Y tú sabes bien que apenas
 Eché las redes al agua,
 Quando me enredé en tus hebras
 Que son redes de esta playa.
 Crecieron en mí los años,
 Y subieron las desgracias
 Al peso de mis desdichas

Que fueron siempre pesadas.
 Nunca las puertas de Oriente
 Abrió tan hermosa el alba
 Quando saca de alelíes
 Las bellas sienes ornada,
 Que á los ojos de tu Albano
 No le hicieses tú ventaja
 Con salir ella á dar luz,
 Y tú á lastimar entrañas:
 Ni jamás llegó la noche
 Envuelta en sus negras alas,
 Que de mis llorosos ojos
 No quedases obligada.
 Para obligarte á querer,
 Mil exemplos hay que bastan,
 No solo en los pescadores,
 Mas en las silvestres plantas.
 El mirto quiere á la oliva,
 Y la palma ama á la palma,
 La yedra y la vid al olmo
 Con tiernos brazos le abrazan.
 Sola tú, homicida mia,
 Que tienes de roca el alma,
 A los golpes amorosos
 Ni te humillas ni te ablandas,
 No hay piedra en estas riberas
 En cuyas duras entrañas
 No estén por mi mano escritos
 Los nombres de Albano y Glauca.

No hay piedra en ella tan dura
 Como tu condicion brava,
 Pues me dan el acogida
 Que en tus entrañas me falta.
 Desterráronme desdichas,
 Que siempre son mis contrarias,
 Cadenas ciñen el cuerpo,
 Y tus desdenes el alma.
 En la fe que te tenia
 He vivido sin quebralla,
 Que no desatan prisiones
 Los nudos que atan el alma.
 Pero si aquí me acabaren
 Mis ausencias y tu saña
 Dexando á mis enemigos
 En las manos la venganza;
 A tí, desdeñosa mía,
 Quiero suplicar que vayas
 A hallarte en mis exéquias,
 Pues de ellas fuiste la causa.
 Y con un suspiro mudo,
 Con una lágrima falsa
 Sobre el helado sepulcro
 Honres la ceniza helada.
 Esto está diciendo Albano
 En tanto que el mar se anansa,
 Que con enrizado cerro
 Las estrellas amenaza.

VI.

Por un dichoso favor,
 Que ayer me atrevi á pedir,
 De zelos me hacen morir
 Estando muerto de amor.

Vivis tan avariento
 Mi deseo que buscaba
 Quando en un contento estaba
 Otro segundo contento :

Entendiéronme el humor,
 Y porque aprenda á pedir,
 De zelos me hacen morir
 Estando muerto de amor.

Esto cantaba Riselo
 Despues de haber escuchado
 Las quejas de un ruiseñor
 Que llora y está cantando.
 Maldice sus pensamientos
 Porque voláron tan alto,
 Maldice memorias tristes
 Nacidas de agravios caros :
 Maldice el verde laurel
 Que en aquel siglo dorado
 Ciñó sus dichosas sienes
 Riberas del Tormes claro :
 Maldice la grama verde
 Que paciera su ganado,

Maldice el cencerro nuevo
 De su conocido manso.
 Maldice una corderuela
 A quien ha querido tanto
 Que la crió en su zurrón
 Lleván lola siempre en brazos :
 Y maldice á quien amase
 Favor alguno negado,
 Que si amor anda desauado
 Es porque el vestido ha dado.
 Por su Narcisca lo dice,
 Que en la villa y en el prado
 Por tasa le da los gustos,
 Y los zelos no tasados.
 Fuése tras esto el pastor
 Huyendo de su cuidado,
 Pero luego le alcanzó,
 Y volvió á penar doblado.

VII.

Por los jardines de Chipre
 Andaba el niño Cupido
 Entre las rosas y flores
 Jugando con otros niños :
 Qual trepa por algun sauco
 Presumiendo buscar nidos,
 Qual cogiendo el fresco viento
 Por coger los paxarillos.
 Qual hace jaulas de juncos,
 Qual hace palacios ricos
 En los huecos de los fresnos

Y troncos de los olivos.
 Quando cubiertas de abejas
 Halló el travieso Cupido
 Dos colmenas en un roble
 Con mil panales nativos.
 Metió la mano el primero
 Llamando á los otros niños,
 Picóle en ella una abeja,
 Y sacóla dando gritos.
 Huyen los niños medrosos,
 El rapaz pierde el sentido,
 Vase corriendo á su madre
 A quien lastimado dixo :
 Madre mia, una avecita
 Que casi no tiene pico,
 Me ha dado mayor dolor
 Que pudiera un basilisco.
 La madre que lo conoce
 Vengada de verle herido
 De quando la hirió de amores
 De Adónis, que tanto quiso ;
 Medio riendo le dice :
 De poco te admiras, hijo,
 Siendo tú y esa avecita
 Semejantes en el pico.

VIII.

Noche templada y serena,
 Que como madre piadosa
 Das á mis quejas silencio,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

Entre los vivos tú sola;
 Oye despacio y no temas;
 Pues no méos que tu sombra
 Recelan mis ojos tristes
 La venida de la aurora.
 En tanto que á estas murallas,
 Do mi enemiga reposa,
 Dan asalto mis suspiros
 Y combaten mis congojas.
 ¡Cuitado del que llora
 A lenguas mudas, y paredes sordas!

No duermas, fiera enemiga,
 Segura de tu victoria,
 Que no hay victoria segura
 Donde hay fortuna dudosa.
 No soy tan flaco contrario
 Que mi razon mucha ó poca,
 A contrastar no bastara
 La tigre mas espantosa.
 ¡Cuitado del que llora, etc.

Goza, cruel, tu sosiego,
 Que está mi voz tenerosa
 Poco te ofende en quejarse
 Si con su daño te gozas.
 Den voces por mí las piedras,
 Llamándote rigurosa,
 Que si de serlo te precias,
 Tus enemigos te honran:

Y si por yerro me vieres,
 Haz que de verme te asombres,
 Que si el pecado es cobarde.
 Con razon vives medrosa.
 ¡Cuitado del que llora
 A lenguas mudas, y á paredes sordas!

IX.

Apolo con su laurel,
 Y el Dios Marte con su roble
 Corona de plumas y armas,
 De sabios y fuertes hombres,
 La memoria de su padre
 Tan glorioso entre españoles,
 Y la fama que le espera
 Con sus eternos loores,
 Todos llaman á la guerra
 A Lisardo, ilustre jóven,
 Que está durmiendo seguro
 Sobre la yerba de un bosque.
 A la guerra, dice el rio,
 Que junto á sus plantas corre;
 Las aves sobre los sauces,
 Los ganados en los montes.
 Parece que todos juntos
 Al son de los atambores,
 Dicen á la guerra, guerra,
 A la guerra, mozo noble,
 Despierta metiendo mano,

Ya voy, ya parto, responde:
 Y encontré que era cayado
 Lo que imaginaba estoque.
 No importa, dice el mancebo,
 Que aqueste pellico pobre
 Riberas del Tajo tiene
 Espadas para los hombres.
 Sobre tu vega famosa
 Tengo yo famosas torres,
 Envidiadas por ventura
 De los que mandan las Cortes.
 Adonde las voces suenan,
 A caminar se dispone;
 Quando siente que le tiran
 Llamándole por su nombre.
 Volvió los ojos airados,
 Y vió los de Alcida, donde
 Llorando perlas, hacia
 Oriente la tierra entónces.
 ¿A donde te vas sin mí,
 O capitán de traydores?
 Pero Lisardo le dice:
 No te lastimes, amores;
 Que voy á ver una garza,
 Que volaba, y despertóme.
 Pues llévame allá contigo,
 Primero que se remonte;
 Que yo te tendré la flecha,
 Mientras tú la cuerda pones.

Quemaráte

Quemaráte el sol, mis ojos,
 Envidioso de tus soles;
 Por detenerte, las zarzas
 Herirán tus pies si corres.
 No importa, le dice Alcida,
 Porque ya el sol me conoço;
 Y tú me sueles decir,
 Que quando me ve, se esconde.
 Y otra vez me aseguraste
 Huyendo tus ocasiones,
 Que á las zarzas, por dó iba,
 Mudaban mis pies en flotes.
 Mas Lisardo le replica:
 A la guerra voy, amores,
 Apolo, Marte, y la Fama
 Me llaman, que bien los oyes.
 Alcida entónces turbada
 Su rubio cabello rompe,
 Diciendo, enemigo mio,
 Allá váyas, y no tornes.
 Mas vete en paz á tu guerra,
 Que á buen seguro te acoges,
 En llevar el alma mia
 Por defensa de los golpes.
 Mal podrán mis tiernos años
 Detener tus pies veloces,
 Y mas si llevan en ellos
 Mis obras y mis razones.
 Llegó Belardo en aquesto,

Tomo II.

22

Y con algunos pastores
Sobre el pellico de seda
Le vistieron armas dobles.

X.

Una estatua de Cupido,
Que al templo de unos pastores
De dios de amor le servia,
Siendo dios de sinrazones;
Colgaba el pastor Belardo
De la alta rama de un roble,
Que quiere, que lleve el fruto
A su dureza conforme.
Descinéndose la honda,
De un arroyo piedras coge,
Y resonando los valles,
La dorada imágen rompe,
Abi te quedarás, le dice,
Persecucion de los hombres,
Maestro de hacer agravios,
Inventor de trayciones,
Aspid fiero que se cria
Dentro de los corazones,
Que su propia sangre bebe,
Y de sus entrañas come,
Locura en que dan las almas,
Alegre mal y bien pobre,
Enfermedad sin remedio,
Que con él se aumenta al doble,

Padre de zelos y olvido,
Ladron de puertas y torres,
Afrentador de linages,
Ingeniero de traydores.
Mejor estarás ahí,
Donde te echen maldiciones,
Que no en los sacros palacios
Adonde necios te adoren.
La estatua solo te afrento
Por si á los cielos te acoges,
Para que viéndote infame,
De allá te arrojen los dioses.
En esto vió que baxaban
Al valle algunos pastores,
Y contándoles el caso
Les ruega que le perdonen.
Por mi parte, dixo Albanio,
No hayas miedo que me enoje,
Que allá me tiene diez años
De mi vida los mejores.
Sinrazon es, dixo Alcino,
Que entónces amaba á Flóris,
Sacar al dios de su templo,
Y deshonoralle en el monte.
El amor en si no es malo,
Mire el hombre lo que escoge;
Que si sus ojos le engañan,
Es justo que ellos le lloren.
Mientras ellos argüian,

Se fué acercando la noche,
 Y Filis con otras damas
 Baxó de secreto al bosque.
 Llegó piadosa á Cupido,
 Y de la rama quitóle;
 Como aquella que tenia
 Mayores obligaciones.
 Que no es bien, dixo llorando,
 Que por un villano torpe
 Un dios tan bello se afrente,
 Y que de infame le noten.
 Este hizo á mi hermosura
 Celebrada en todo el orbe,
 Y que ya en mi edad postrera
 Descanso y oro me sobre.
 Con esto muy triste Filis
 De la sogá desatóle,
 Haciéndole sepultura
 Entre jasmínes y flores.

XI.

Continuacion del anterior.

¿ Quando cesarán las iras
 De tus injustos desdenes,
 Cobarde enemiga mia,
 Que no perdonas y puedes?
 Yo confieso que venciste:
 ¿ Que Alcides piensas que vences
 Si no á un hombre que te llama,

Siendo flaca, muger fuerte?
 ¿ Quando riberas del Tajo
 Miraré del sol la frente,
 Sin que me quemé tu vengre
 Porque de mí no te vengres?
 Cansada tengo la noche
 De llamarla para verte,
 La ventura de ayudarme,
 Y la luna de esconderse
 Yo que no me contentaba
 Con tus brazos muchas veces,
 Ya me consuelo, enemiga,
 Con ver tu calle, y volverme.
 Los hierros de tu ventana
 Quiere amor que adore y hece,
 A devocion de tu alma
 De quiea su dureza aprenden.
 ¡ O larga desdicha mia!
 Mas no es razon que me queje,
 Bien es yerro que te adore,
 Quien andavo errado siempre.
 Estas piedras son testigos,
 De que cubierto de nieve
 Me halló mil veces el sol,
 Antes que el tuyo saliese.
 Y agora por no aguardar
 A que tu nieve me queme,
 Paso el puerto temeroso
 De que á tu puerta me quede.

Para que no me conozcan
 Has mudado las paredes,
 De quien era yedra amada,
 Mientras estabas ausente.
 Quizá porque escrito estaba
 El nombre que tú aborreces;
 Que lo borrado en el alma,
 En las paredes ofende.
 Quando, ingrata, me querias
 No habia quien no truxese
 Los dos nombres en la boca,
 Que ahora enfadan la gente.
 Y así enfada el tiempo mismo,
 De que no puede veaceme,
 Aunque yo lo canto, y digo,
 Que tu hermosura me vence:
 Que mientras fueres hermosa;
 No dexaré de quererte,
 Y seráslo siempre, ingrata.
 Porque pene eternamente.
 Vengaste tu estatua, amor,
 Afloxa el cordel, no aprietes.
 Ofensor mártir del alma,
 Dexa el cuerpo que no siente.
 Tu estatua colgué de un roble;
 Todo se sufre á quien pierde;
 Viva Filis. venció Filis,
 Vive amor, Belardo muere.
 Con esto orilla del Tórmea

Sus aguas llorando crece
 El mas verdadero amante,
 Y el mas agraviado siempre.

XII.

Quando las sagradas aguas
 Del ancho y sagrado Bétis
 Con la multitud de barcos
 Con dificultad parecen;
 Quando entoldadas las popas
 De juncia y de ramas verdes
 En el agua escaramuzan
 A pesar de sus corrientes;
 Quando mil alegres cantos,
 Que los sentidos suspenden,
 Interrumpen á los vientos
 Y enamoran á los peces;
 Quando en las torres mas altas
 Mil luminarias parecen,
 Y qual veloces cometas
 Atraviesan los cohetes;
 Entónces, mi Jacinto, amor me tiene
 Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.
 Envidiosos de mi bien
 Fortuna y amor me tienen,
 El uno en prision el cuerpo,
 El otro el alma en sus redes.
 En vez del ligero barco
 Entoldado de laureles

Tengo un triste calabozo,
 Do mis pensamientos remen:
 El agua por do navega,
 Es la que mis ojos vierten;
 Que aunque á mi fuego no hasta
 Basta para que me anegue.
 Y del implacable fuego,
 Que en mis entrañas se enciende,
 Qual los cohetes veloces
 Salen suspiros ardientes.
 Ecos de suspiros tristes
 Son mis canciones alegres:
 Tal estoy que quando el cielo
 Su favor al mundo ofrece,
 Entóuces, mi Jacinto, amor me tiene
 Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.

XIII.

Escóndete en tu cabaña,
 Serrana, y cierra la puerta,
 Que viene sin venda el ciego
 Desde la Corte á la aldea.
 Ningun Serrano se escapa,
 Ni Serrana en toda ella,
 Si él con la vista le alcanza,
 Que no le hieran sus flechas;
 Y en haciendo la presa,
 El arco y alas bate con presteza.

No tiene fuerza el acero,
 Ni aprovecha resistencia;
 Que trae puntas de diamante,
 Y en el arco cuerda nueva:
 Y si una vez él te tira,
 Guárdate, Serrana bella,
 Que en blanda cera convierte
 Pechos de bronce y de piedra:
 Y en haciendo la presa, etc.

El mas bravo corazon
 Con el mas humilde mezcla;
 Y con bravo pecho abate
 Las cervices mas enhiestas.
 Es cazador tan seguro,
 Que quien mas huye su diestra,
 Con mas presteza le alcanza,
 Y mas presto de él se venga;
 Y en haciendo la presa, etc.

Zagala, páguete el cielo,
 Dixo la Serrana bella,
 El aviso, y en tus cosas
 Dichoso suceso tengas.
 Ya conoce aqueste pecho
 Con tiempo sus falsas tretas;
 Mil véras mezcla con burlas,
 Y entre las burlas mil véras:
 Y en haciendo la presa, etc.

Del centro de mis cuidados
 Robó la mas rica prenda,
 Arrojada en el olvido
 Con guerra de falsas presas.
 Dentro en mil memorias vivas
 Están las cenizas muertas;
 Paga al fin como traydor;
 Quien le sirve poco medra;
 Y en haciendo la presa,
 El arco y alas bate con presteza.

XIV.

Peñas del Tajo deshechas
 Del curso eterno del agua,
 ¿Como el de los ojos míos
 Un pecho tierno no ablanda?
 Bien parece que se rie
 Entre vosotras la ingrata,
 Que me ha desterrado el cuerpo,
 Y me ha perseguido el alma.
 Gozosa Filis se goza
 De quien me destruye y mata
 Como si el vencer un muerto
 Diese victoria tan alta.
 Humilde sufriendo estoy
 El cuchillo á la garganta,
 Y con ser sentencia injusta
 No le replico palabra.
 Mis agravios me dan voces,

Para que tome venganza;
 Yo acállolos, con decirles
 Que poca vida me falta.
 Aconséjoles que sufran,
 Y respóndenme que osaran
 Si como ella tiene el pecho,
 Tuviera yo las entrañas.
 ¿A quien se humilla el león?
 ¿Quien con ser fiera le agravia?
 Y á mí me mata de zelos
 Una muger enojada.

XV.

Quien dixese que la ausencia
 Causa olvido en quien bien ama,
 Mi firmeza lo desmiente,
 En quien verá que se engaña.
 Ausente en el Tajo vivo,
 Y allá me tiene mi alma
 En sus fértiles riberas
 La salobre Guadiana.
 Crecen mas con el ausencia
 Mi fuego y mi confianza;
 Que la memoria importuna
 Mas mi sentido levanta.
 Ayuda la soledad
 Entre estas sierras ingratas
 A mis voces y á mi llanto,
 A mis quejas y á mis ansias.

Solo con voz mentirosa
 Me responden y me engañan,
 Formada en hondas cavernas
 Y entre peñas erizadas.
 Si amor digo, amor responden,
 Si alma digo, dicen alma,
 Si Tírsi, responden Tírsi,
 Y si la llamo, la llaman.
 Amanecerá tu sol,
 Hará mayo mi esperanza,
 A mis prados ya sin flores,
 Y á mis agostadas ansias.
 Entónces los falsos ecos,
 Y con ellos las montañas
 Callarán y serán mudos,
 O rebotarán si hablan.
 Viendo entónces yo mis glorias
 En aquel día que aguardan,
 Por entre confusas voces
 Daré la vuelta á mi patria.
 Rompiendo montes inciertos
 Dificultades contrarias,
 Iré á tus brazos, Señora,
 Por mil sendas no pisadas,
 Vendráste tú á mí corriendo
 De gozo y gritos bañada,
 Mirarás firme mis ojos,
 Miraré alegre á tu cara.
 Colgaráste de mi cuello,

Pender

Penderé de tu garganta,
 Harémos los dos alegres
 Una vida de dos almas.
 Así cantaba Menalio,
 Dándose triste esperanza,
 Respirando de sus penas,
 Porque quien llora descansa.

XVI.

Soledad que aflige tanto,
 ¿Que pecho habrá que te sufra?
 Libertad preciosa y cara,
 Mal haya quien no te busca.
 Por una parte paredes,
 Por otra rejas tan juntas,
 Que ni el sol por ellas entra,
 Ni las penetra la luna.
 En los balcones candados,
 En las puertas llaves duras,
 Y dura la condicion,
 Que nos cierra y que nos culpa.
 El invierno en lo sombrío,
 En verano en las estufas,
 Medio encantados los ojos,
 Y la lengua casi muda,
 De pesares todo el año,
 De placer hora ninguna.
 Soledad que aflige tanto,
 ¿Que pecho habrá que te sufra?

Tomo II.

23

A los discretos nos niegan,
 Y quando necios nos buscan,
 Nos sacan á que nos muelan
 Con razones importunas.
 Eternos son nuestros males,
 Nuestros bienes de fortuna:
 Libertad preciosa y cara,
 Mal haya quien no te busca.
 Aquesto cantaban
 A sus almohadillas
 Dos niñas labrando
 Pechos de camisa.
 Cerrólas su madre,
 Fuese por la villa
 A dar parabienes,
 Y á consolar viudas.
 ¿Que ha visto en el tiempo,
 Dixo la mas chica,
 Señora, que cierra
 Lo que no solia?
 ¿Quien canta de noche?
 ¿Quien habla de dia?
 ¿Quien hay que nos lea?
 ¿Quien que nos escriba?
 Estrechura tanta
 Plegue á Dios nos sirva
 De que el sufrimiento
 Desespere aprisa.
 En corrillos andan

Todas las vecinas
 Sembrando sospechas,
 Cogiendo malicias.
 El gusto pasado
 Se trocó en acibar,
 La soltura en cárcel,
 En llanto la risa.
 A lo que es recato
 Llamarán caída,
 Que ha dado el honor
 Ligera y altiva.
 Madre la mi madre,
 Miedo guarda viña,
 Mas hace quien ruega,
 Que no quien castiga.
 Si la planta nace
 De suyo torcida,
 Tarde la enderezan
 Varas que la arriman.
 Escuchais consejos
 De dueñas valdías,
 Que en la Iglesia pasan
 Cuentas y mentiras.
 Y sobre nosotras,
 Vuestras enemigas,
 Pareceis nublado,
 Que atruena y graniza.
 Yo de mi cosecha
 Me soy Teatina,

Medrosa de engaños,
Y esperanzas tibias,
No echeis tantas llaves,
Porque no se diga,
Que no hay que fiar
De quien no se fia.

XVII.

Escuchad, las que de amor
La falsa ley adorais,
Y veréis en mis desdichas
Su gloria y cielo infernal.
Mal digo, no me escuchéis,
Que si de véras amais,
En amantes corazones
El desengaño es mortal.
Un basilisco adoré
Cárcel de mi libertad
Que mataba con los ojos,
Y daba vida en matar.
Enamoréme qual niña,
Supe como vieja amar,
Que amor sus iguales busca,
Y en las almas no hay edad.
Dile el alma de mi pecho
Lo mas que le pude dar,
Que el niño amor, como es dios,
Nunca ménos que almas da.
Quisome mas que á sus ojos,
Yo le gané en la mitad;

Mas si es igual el amor,
Nunca es la ventura igual.
Engañóme con palabras,
Que no faltarán jamas,
Mas quando se carga mucho,
Son fáciles de quebrar.
Dexóme como tirano,
A otra sirve, y quiere mas:
Las que amais, mirad si es pena,
Si acaso podeis mirar.
Dos años contenta estuve
Sin temor de aqueste afan,
Que quando se goza el bien,
Nunca se recuerda el mal.

XVIII.

Deten tu curso, fortuna,
De perseguirme te cansa,
Que para tan fieros golpes
Tan flacas fuerzas no bastan.
Mas si nací sin ventura,
Y sujeto á tus mudanzas,
Sin remedio á mis desdichas
Anda con su rueda varia.
Solo el tiempo me consuela,
Que tiene ligeras alas,
Y nada en él permanece,
Porque al fin todo se cansa.
Y así aunque me falta el bien,

No he perdido la esperanza ;
 Que el mal temprano ó tarde
 Por mas que me atormente, ha de acabarse.
 Corre, fortuna enemiga,
 De mis bienes descuidada,
 Sube á todos en tu cumbre,
 Y á mí hasta el centro me baxa.
 Triunfa á prisa de mis males,
 Ríete de mis desgracias,
 Emudece en mi provecho,
 Y para mi daño habla.
 Dame disgustos sin cuenta,
 Y ponme á los gustos tasa;
 Que yo en el tiempo confío;
 Y así, aunque el bien me falta,
 No he perdido del todo la esperanza.

Dicen que ve muchas penas,
 El que tiene vida larga;
 Mas yo bien poco he vivido
 Y en tan poco he visto hartas.
 Nada sino penas tengo,
 Las glorias de mí se apartan,
 Halto en cosas ciertas dudas,
 Sonme las propias contrarias.
 Mas de la recia tormenta
 Salgo asido como á tabla,
 Del tiempo que es mi defensa,
 Porque al fin todo lo acaba.
 Y así, aunque el bien me falta,
 No he perdido, etc.

Tengo un noble pensamiento.
 Que me defiende y me guarda;
 Si me derriban desdichas
 En sus hombros me levanta.
 De ordinario está conmigo,
 Nunca de mi pecho falta,
 Memorias tristes me cercan,
 Y él solo las desbarata.
 Alégrame en mis tristezas,
 Pero no lo estimo en nada,
 Sino que le ayude el tiempo,
 Porque al fin todo lo acaba,
 Y así, aunque el bien me falta, etc.

A orillas de Manzanáres
 Un ausente de su patria
 Esto á su fortuna dice,
 Que con él ha sido avara.
 Y entre suspiros y quejas
 Se volvió á mirar el agua,
 Y cesando el llanto tierno
 Le dixo aquestas palabras:
 El curso llevas ligero,
 Corres aprisa, y no paras;
 Pero acabaráte el tiempo,
 Que el tiempo todo lo acaba.
 Y así, aunque el tiempo me falta,
 No he perdido del todo la esperanza:
 Que el mal temprano ó tarde
 Por mas que me atormente, ha de acabarse.

XIX.

Enemiga de mis glorias,
 Hártate de mis agravios,
 Que mas sufrimiento tengo,
 Que rigor tu pecho ingrato.
 Tu hermosura me ha vencido;
 Pero no tus desengaños,
 Que quanto mas me aborrecas
 Mas en tu yelo me abraso.
 ¿ Como puede ser posible
 En mí y en ti tal milagro,
 Que tú me mates el alma,
 Y que yo te adore tanto?
 Por ser de mí fe testigos
 Estas paredes de mármol,
 Ya con mi llanto deshechas.
 Solo con ellas descanso:
 Pero si viviste dentro
 Seránme testigos falsos,
 Que encantas con la belleza
 Como otro Orfeo cantando.
 Mi remedio está en la muerte,
 Pero mi vida en tus manos;
 Que porque jamas descansa
 Vive mi muerte á tu cargo.
 Pues no te cansa olvidarme,
 No puedo cansarme amando,
 Aborreceme riendo,

Que yo te amaré llorando,
 Y en esta eterna porfia
 Eternamente vivamos,
 Porque no triunfe la muerte
 De dos extremos tan altos.

PARTE III.
ROMANCES HEROYCOS.

I.

Belleza de Elena.

DESDE una soberbia torre
De aquellas que al fuerte alcázar
De la inexpugnable Troya
Sirven de adorno y de guarda ;
Los mas ancianos varones
Sobre cuyos hombros carga
Todo el peso de la guerra
Que es mayor que el de las armas ;
Estaban mirando un dia
Una reñida batalla
Que fuera del ancho muro
Troyanos y Griegos traban.
Ven que de una parte y otra
La tierra en su sangre bañan ,
Y que alaridos y polvo
Hasta el cielo se levantan.
Que unos se encuentran furiosos
De tal suerte , que las astas

HEROYCOS.

271

En piezas al ayre suben ,
Y ellos á la tierra baxan.
Que otros firmes en la silla
Ponen mano á las espadas ,
Y dan y reciben golpes
Hasta dar tambien las almas :
Que los caballos sin dueño
Relinchan , corren y saltan ,
Y á muchos de los de á pie
Atropellan , hieren , matan :
Y que dentro en la ciudad
Las miserables Troyanas
Cuyos maridos pelean
En defensa de la patria ,
Con ansia mortal se afligen
Rostro y cabellos maltratan ,
Y los ojos en el cielo
Le piden justa venganza.
Hijas por sus padres lloran
Por sus hermanos y hermanas ,
Cuyas lamentables voces
Lastiman duras entrañas.
Todo es confusion y estruendo,
Alaridos , golpes , rabia ,
Al fin como en cruda guerra
Del tirano amor causada.
Viendo tan triste tragedia
Los que tristes la miraban ,
Y de ver buen fin teniendo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1900 74 MONTREY, N.Y.

Poca ó ninguna esperanza;
 Bañan lágrimas sus ojos,
 El dolor su pecho rasga,
 Y á voces llaman la muerte
 Que los libre de ver tantas.
 Un rayo á Júpiter piden
 Contra la que ha sido causa
 De una guerra tan prolixa
 Por hermosa y por liviana.
 En esto viéron que Elena,
 Principio de estas desgracias,
 A la misma torre sube
 A ver los males que causa.
 Y viendo que su hermosura
 Es mas divina que humana
 Pues con ser tal la de Vénus,
 Le hace notable ventaja;
 Juzgándola poderosa
 Para rendir libres almas
 Sin que desden aproveche
 Ni otras prevenciones valgan;
 A una voz dicen llevados
 De una fuerza extraordinaria
 Que tiene en sí la belleza
 Contra quien fuerzas no bastan;
 ¡ Dichoso el que en esta guerra
 Alcanza ventura tanta,
 Que por tu defensa muere
 Para que viva su fama!

Si

Si yerros de amor nacidos
 Es justo el perdon que alcanzan,
 ¿ Quien á París se le niega
 Siendo su ocasion tan alta?
 Grecia y Troya en esta empresa
 Ambas están disculpadas,
 Con razon te pide aquella,
 Y esta con razon te guarda:
 Los que teniéndote ausente
 Con injuriosas palabras
 De tí al cielo dimos quejas,
 Presente le damos gracias.
 No caygamos de la tuya,
 Que si tanto nos levantas,
 Ni Marte podrá ofendernos
 Ni ser fortuna contraria.
 Diosa de hermosura, vive,
 Y con tu vista regala
 A este Troyano pueblo
 Que te defiende y te ampara.
 Esto diciendo, advirtieron
 Que el Rey Priamo los llama
 Para oír los no creídos
 Pronósticos de Casandra.

II.

Al Rey Rodrigo.

Quando las pintadas aves
 Mudas están, y la tierra

Tomo II.

24

Atenta escucha los rios
 Que al mar su tributo llevan;
 Al escaso resplandor
 De qualquiera luciente estrella,
 Que en el medroso silencio
 Tristemente centellea;
 Teniendo por mas segura
 De trage humilde la muestra,
 Que la acechada corona
 Ni la envidiada riqueza;
 Sin las insignias reales
 De la magestad soberbia,
 Que amor, y temor de muerte
 Junto á Guadalete dexa;
 Bien diferente de aquel,
 Que ántes entró en la pelea
 Rico de joyas, que al Godo
 Dió la victoriosa diestra;
 Tintas en sangre las armas
 Suya alguna y parte agena,
 Por mil partes abolladas,
 Y rotas algunas piezas;
 La cabeza sin almete,
 La cara de polvo llena,
 Imágen de su fortuna
 Que en polvo se ve deshecha;
 En Orelia su caballo
 Tan cansado ya, que apénas
 Mueve el presuroso aliento,

Y á veces la tierra besa;
 Por los campos de Xerez,
 Gelboé llorosa y nueva,
 Huyendo va el Rey Rodrigo
 Por montes, valles y sierras.
 Tristes representaciones
 Ante los ojos le vuelan,
 Hiere el temeroso oido
 Confuso estraendo de guerra.
 No sabe donde mirar,
 De todo teme y recela,
 Si al cielo, teme su furia,
 Porque hizo al cielo ofensa;
 Si á la tierra, ya no es suya,
 Que la que pisa es agena.
 ¿Pues que, si dentro en sí mismo
 Con sus memorias se encierra?
 Mayor campo de batalla
 Dentro el alma le apareja;
 Y entre sollozo y suspiros
 Así el Rey Godo se queja:
 ¡Desventurado Rodrigo!
 Si esto en otro tiempo hicieras,
 Y huyeras de tus deseos
 Al paso que agora llevas;
 Y á los asaltos de amor
 No mostraras la flaqueza,
 Tan indina de hombre Godo,
 Y mas de Rey que gobierna.

Gozara su gloria España,
 Y aquella fuerte defensa
 Que ya por el suelo yace,
 Y el color cambia á las yerbas.
 Amada enemiga mia,
 De España segunda Elena,
 ; O si yo naciera ciego !
 ; O tú sin beldad nacieras !
 Maldito sea el punto y hora
 Que al mundo me dió mi estrella,
 Pechos que me diéron leche
 Mejor sepulcro me dieran.
 Pagara á la tierra el censo,
 Y en su soledad durmiera
 Con los Cónsules y Reyes,
 O con los plebeyos de ella.
 Quitárale á la fortuna
 Carro en que triunfar pudiera,
 Y un Rodrigo para España
 Materia de tantas quejas.
 Traydor Conde Don Julian,
 Si uno solo es el que yerra,
 ; Por que tan injustamente
 Hiciste comun la pena ?
 No ofendí yo al Africano,
 ; Por que Africano te venga ?
 ; Oh si este agudo puñal
 Rasgara tus falsas venas !
 Mas iba á decir Rodrigo ;

Pero las palabras medias
 Las arrebató el enojo,
 Y entre los dientes las quiebra.
 Y diciendo á Dios España
 Que el Bárbaro señorea ;
 Junto su Orelia querido
 La luz enemiga espera.

III.

Roldan, y Bernardo del Carpio.

El invencible Frances,
 Fuerte Senador Romano,
 Aquel que al bravo Agrican
 Le venció y tornó Christiano ;
 Y ganó del fiero Almonte
 El rico cuerno preciado,
 Con que hizo desafios,
 Que al mundo puso en espanto ;
 Aquel que en Albraca solo
 Venció todo un campo armado
 Y nunca siendo vencido
 Venció las hadas y el hado ;
 Qual suele mostrar mas luz
 La luz que se está acabando,
 Está en la guerra postrera
 Postrera fuerza mostrando.
 Y no le basta el orgullo ;
 La buena espada y caballo,
 Que lo ha el Señor de Brava

Con el que nació en el Carpio
 El qual habiendo ya hecho
 De sangre Francesa un lago,
 Y que al fin de aquella empresa
 Estaba el Roldan gallardo;
 El gran sobrino de Alfonso
 Furioso busca al de Carlos:
 Hállale en sangre teñido,
 Y él viene en ella bañado.
 Los mas bravos corazones
 Que humano pecho ha encerrado,
 Juntos á batalla vienen
 Con fuerza y ánimo osado.
 Para verla se suspende
 La del uno y otro campo,
 Entre la esperanza y miedo
 Los corazones temblando.
 El cielo que á Orlando espera,
 Fortuna que se ha cansado,
 Dan y quitan la victoria
 De un Frances á un Castellano.

I V.

Detente, buen mensagero:
 Que Dios de peligros guarde,
 Si acaso eres Albanes
 Como lo muestra tu traje;
 Y dime de aquel tu dueño
 Que perdido en Roncesvalles,

Los Moros de Zaragoza
 Presentáron á Amurátes.
 ¿En que entretiene los dias
 De lá mañana á la tarde?
 Aunque todo es de noche
 Para quien vive en la cárcel.
 Y dime, si está muy triste,
 Que no es posible que baste
 Su valor y su paciencia
 Para destierro tan grande.
 Y si es verdad, como dicen,
 Que libertad quieren darle,
 Para que vuelva otra vez
 A cautivar libertades.
 Que despues que aquí se trata
 Su libertad y rescate,
 Dos mil albas han salido,
 Y nunca la suya sale.
 No sé que tiene de bueno,
 Que en toda Alemania y Flandes
 No hay muger que no le adore,
 Ni hay hombre que no le alabe.
 Siendo su sangre tan buena,
 Que nadie iguala su sangre,
 Vale mas él por sí solo,
 Que por su nobleza vale.
 Yo soy á quien no conoce,
 Y quien de solo miralle
 Matar los toros un dia,
 No hay gusto que no me mate;

Y con saber que en viniendo
 Ha de acabar de matarme,
 Ruego á Dios que presto sea
 Aunque él me remedie tarde.
 Ese cautivo, Madama,
 Que fué de los Doce Pares,
 Le responde el mensajero,
 Cerca está de rescatarese.
 Bravas galas se aparejan
 De vestidos y plumages,
 Para de España salir
 Y entrar en Francia galanes.
 Pero no espero, Señora,
 Vuestro remedio ni aun tarde,
 Que aunque ahora libre el cuerpo,
 Tiene el alma en otra parte.
 Muchos tiempos ha que adora
 A la hermosa Bradamante,
 Tan justamente perdido,
 Que llama gloria sus males.
 La Francesa que esto oyó
 Sin que mas razón aguarde,
 Cerró la ventana, y fuése
 Rompiendo á voces los ayres.

V.

Regalando el tierno vello
 De la boca de Medoro,
 La bella Angélica estaba
 Sentada al tronco de un olmo.

Los bellos ojos le mira
 Con los suyos piadosos,
 Y con sus hermosos labios
 Mide sus labios hermosos.
 ¡Ay Moro venturoso,
 Que á todo el mundo tienes envidioso!

Convaleciente del cuerpo
 Estaba el dichoso Moro,
 Y tan enfermo del alma,
 Que al cielo pide socorro.

Enternecida á las quejas
 Angélica de Medoro,
 Le cura con propia mano,
 Y queda sano del todo.
 ¡Ay Moro venturoso,
 Que á todo el mundo tienes envidioso!

A las quejas y dulzuras,
 Que los dos se dicen solos,
 Descubriéndoles el eco
 Orlando llegó furioso;

Y viendo á su yedra asida
 Del mas despreciado tronco,
 Pone mano á Durindana
 Lleno de zelos y enojo.
 ¡Ay Moro venturoso,
 Que á todo el mundo tienes envidioso!

VI.

Aquí gozaba Medoro
De su bella deseada,
A pesar del Paladino
Y de los Moros de España :
Aquí sus hermosos brazos
Como yedra que se enlaza,
Cinieron su cuello y pecho,
Haciendo un cuerpo dos almas.
 Estas palabras de fuego
 Escritas con una daga
 En el mármol de una puerta
 El Conde Orlando miraba ;
 Y apenas leyó el renglon
 De las postreras palabras ,
 Quando con voces de loco
 Echo mano á Durindana,
 Y dando sobre las letras
 Una y otra cuchillada,
 Con el encantado acero
 Piedras y centellas saltan.
 Que de palabras de amor
 No solamente en las almas,
 En las piedras entra el fuego,
 Y de ellas sale la llama.
 La columna dexa eutera ,
 Como lo está su esperanza ,
 Que confiesa ser mas firme ,

Que no el valor de sus armas.
 Entrando la casa adentro,
 Vió pintada en una quadra
 La amarilla y fiera muerte,
 Que á los pies de un niño estaba.
 Conoció que era el amor
 En las flechas y la aljaba,
 Y unas letras que salian
 De las manos de una dama.
 Lo que decian repite ,
 Como quien no entiende nada,
 Que en males que vienen ciertos
 Es gloria engañar al alma.
 Los letras dicen : *Medoro,*
El grande amor de tu esclava
Ha de vencer á la muerte,
Que aun muerto vive quien ama.
 No tiene el Conde paciencia,
 Que alborotando la sala,
 Despedaza quanto mira ,
 ; De amor injusta venganza !

VII.

Don Pedro el Cruel.

A los pies de Don Henrique
 Yace muerto el Rey Don Pedro
 Mas que por su valentia
 Porvoluntad de los cielos.
 Al envaynar el puñal

El pie le puso en el cuello ,
 Que aun allí no está seguro
 De aquel invencible cuerpo.
 Riñieron los dos hermanos
 Y de tal suerte riñieron ,
 Que fuera Cain el vivo
 A no haberlo sido el muerto.
 Los éxércitos movidos
 A compasion y contento ,
 Mezclados unos con otros
 Corren á ver el suceso.
 Y los de Henrique
 Cantan, repican y gritan,
 Viva Henrique.
 Y los de Pedro
 Clamorean , doblan , lloran
 Su Rey muerto.
 Unos dicen que fué justo ,
 Otros dicen que mal hecho ,
 Que no es Rey cruel , si nace
 En tiempo que importa serlo.
 Y que los yerros de amor
 Son tan dorados y bellos,
 Quanto la hermosa Padilla
 Ha quedado por exemplo.
 Que nadie verá sus ojos,
 Que no tenga el Rey por cuerdo,
 Mientras como otro Rodrigo
 No puso fuego á su Reyno.

Los que con ánimos viles
 O con lisonja ó por miedo
 Siendo del bando vencido,
 Al vencedor siguen luego;
 Valiente llaman á Henrique,
 Y á Pedro tirano y ciego ,
 Porque amistad y justicia
 Siempre mueren con el muerto.
 La tragedia del Maestre,
 La muerte del hijo tierno,
 La prision de Doña Blanca,
 Sirven de infame proceso.
 Algunos pocos leales
 Dan voces pidiendo al cielo,
 Justicia pidiendo al Rey,
 Y mientras que dicen esto;
 Los de Henrique, etc.

Llora la hermosa Padilla
 El desdichado suceso
 Como esclava del Rey vivo,
 Y como viuda del muerto.
 ¡Ay Pedro! que muerte infame
 Te han dado malos consejos,
 Confianzas engañosas,
 Y atrevidos pensamientos!
 Salió corriendo á la tienda,
 Y vió con triste silencio
 Llevar cabierto su esposo
 De sangre y de paños negros.

Y que en otra parte á Henrique
 Le dan con aplauso el cetro ;
 Campanas tocan los unos,
 Y los otros instrumentos.
 Como acrecienta el dolor
 La envidia del bien ageno,
 Y el ver á los enemigos
 Con favorable suceso ;
 Así la triste Señora
 Llorá y se deshace, viendo
 Cubierto á Pedro de sangre,
 Y á Henrique de oro cubierto.
 Echó al cabello la mano
 Sin tener culpa el cabello,
 Y mezclando perlas y oro,
 De oro y perlas cubrió el cuello.
 Quiso decir, Pedro, á voces,
 Villanos, vive en mi pecho ;
 Mas poco la aprovechó ;
 Y miétras lo está diciendo ;
 Los de Henrique, etc.
 Rasgó las tocas, mostrando
 El blanco pecho encubierto,
 Como si fuera cristal
 Por donde se viera Pedro.
 Desmayóse ya rencida
 Del poderoso tormento,
 Cubriendo los hellos ojos,
 Muerte, amor, silencio y sueño.

Entre tanto el campo todo
 Aquí y allí van corriendo,
 Vencedores y vencidos,
 Soldados y caballeros.
 Y los de Henrique, etc.

VIII.

Desafio del Cid. ()*

Non es de sesudos homes
 Ni de infanzones de pro
 Facer denuesto á un fidalgo,
 Que es tenuto mas que vos.
 Non los fuertes barraganes
 Del vueso ardid tan feroz
 Prueban en homes ancianos
 El su juvenil furor.
 Non son buenas fechorías
 Que los homes de Leon
 Fieran en el rostro á un viejo,
 Y no el pecho á un infanzon.
 Cuidaras que era mi Padre
 Del Lain Calvo sucesor,
 Y que no sufren los tuertos
 Los que han de buenos blason.
 ¿ Mas como vos atrevisteis

(*) Este y los siguientes están sacados del Romancero del Cid.

A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz iublásteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre despercude
Mancha, que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor.
La vuestra, Conde tirano,
Lo será, pues su furor
Os movió á desguisado
Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el Rey con furor,
Cuidá que lo denodásteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho ficisteis, Conde,
Yo vos reto de traydor,
Y catad si vos atiendo,
Si me causarás pavor.
Diego Lainez me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Yo probaré en vos mis fuerzas,
Y en vuesa mala intencion
No vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador;

Pues para me combatir
Traygo mi espada y troton.
Aquesto al Conde Lozano
Dixo el buen Cid Campeador,
Que despues por sus fazañas
Esté nombre mereció
Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

IX.

Quejas de Doña Ximena.

Sentado está el Señor Rey
En su silla de respaldo,
De su gente mal regida
Desavenencias juzgando:
Dadivoso y justiciero
Premia al bueno y pena al malo,
Que castigos y mercedes
Hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
Entráron treinta fidalgos,
Escuderos de Ximena,
Fija del Conde Lozano,
Despachados los maceros,
Quedó suspenso el palacio,
Y así comenzó sus quejas

Humillada en sus estrados.
 Señor, hoy hace tres meses
 Que murió mi padre á manos
 De un muchacho, que las tuyas
 Para matador eridron.
 Quatro veces he venido
 A tus pies y todas quatro
 Alcançé prometimientos,
 Justicia jamas alcanzo.
 Don Rodrigo de Vivar
 Rapaz, orgulloso y vano
 Profana tus justas leyes,
 Y tú amparas un profano.
 Tú le celas, tú le encubres.
 Y despues de puesto en salvo,
 Castigas á tus Merinos,
 Porque no pueden prendallo.
 Si de Dios los buenos Reyes,
 La semejanza y el cargo,
 Representan en la tierra
 Con los humildes humanos;
 Non debiera de ser Rey
 Bien tenido, y bien amado,
 Quien fallece en la justicia
 Y esfuerza los desacatos.
 Mal lo miras, mal lo piensas;
 Perdona si mal te fablo,
 Que la injuria en la muger
 Vuelve el respeto en agravio.

No haya mas, gentil donecella,
 Respondió el primer Fernando,
 Que ablandaran vuestras quejas
 Un pecho de acero y mármol.
 Si yo guardo á Don Rodrigo,
 Para vuestro bien le guardo,
 Tiempo vendrá que por él
 Convirtais el gozo en llanto.
 En esto llega á la sala
 De Doña Urraca un recado,
 Asíola del brazo el Rey,
 Donde está la Infanta entraron.

X.

Contestación entre el Cid, y el Abad Bermudo.

Fablando estaba en el claustro
 De San Pedro de Cardena
 El buen Rey Alfonso al Cid
 Despues de Misa una fiesta:
 Trataban de las conquistas
 Da las mal perdidas tierras
 Por pecados de Rodrigo,
 Que amor disculpa y condena.
 Propuso el buen Rey al Cid
 El ir á ganar á Cuenta;
 Y Rodrigo mesurado
 Le dice de esta manera:
 Nuevo sois, el Rey Alfonso,

Nuevo sois Rey en la tierra :
 Antes que á guerras vayades
 Sosegad las vuestas tierras.
 Muchos daños han venido
 Por los Reyes que se ausentan,
 Y apénas han calentado
 La corona en la cabeza.
 Y vos no estais muy seguro
 De la calumnia propuesta
 De la muerte de Don Sancho
 Sobre Zamora la Vieja;
 Que aun hay sangre de Bellido,
 Magüer que en sidalgas venas,
 Y el que fizo aquel venablo,
 Si le pagan, hará treinta.
 Bermudo en lugar del Rey,
 Dice al Cid : si vos aquejan
 El cansancio de las lides,
 O el deseo de Ximena,
 Id vos á Vivar, Rodrigo,
 Y dexadle al Rey la empresa,
 Que hombres tiene tan sidalgos,
 Que no volverán sin ella.
 ¿ Quién vos mete, dixo el Cid,
 En el Consejo de Guerra,
 Frayle honrado, á vos agota
 La vuesa cogulla puesta?
 Subid vos á la tribuna,
 Y rogad á Dios que venzan,

Que non venciera Josué
 Si Moyses no lo ficiera.
 Llevad vos la capa al coro,
 Yo el pendon á las fronteras,
 Y el Rey sosiegue su casa
 Antes que busque la agena;
 Que no me farán cobarde,
 El mi amor y la mi queja,
 Que mas traygo siempre al lado
 A Tizona que á Ximena.
 Home soy, dixo Bermudo,
 Que ántes que entrara en la Regla
 Si no venci Reyes Moros,
 Engendré quien los venciera;
 Y agora en vez de cogulla
 Quando la ocasion se ofrezca
 Me calaré la celada
 Y pondré al caballo espuelas.
 Para fugir, dixo el Cid,
 Podra ser, padre, que sea,
 Que mas de aceyte que sangre
 Manchado el hábito muestra.
 Calledes, le dixo el Rey,
 En mal hora que no en buena.
 Acordárseos debía
 De la jura y la ballesta.
 Cosas tenedes el Cid,
 Que farán hablar las piedras,
 Pues por qualquier niñería

Faceis campaña la Iglesia.
 Pasaba el Conde de Onate
 Que llevaba la su dueña,
 Y el Rey por facer mesura
 Acompañaola á la puerta.

XI.

Reconocion de Alfonso VI. al Cid.

Si atendeis que de los brazos
 Vos alce atended primero,
 Si no es bien que con los míos
 Cuide subir os al cielo.
 Bien estais afinojado,
 Que es pavor veros enhiesto,
 Asiento es asaz debido
 El suelo de los soberbios.
 Descubierto estais mejor,
 Despues que se han descubiertos
 De vuestras altanerías
 Los mal guisados sucesos.
 ¿ En que os habeis empachado,
 Que dende el pasado invierno
 Non vos han visto en las Cortes,
 Puesto que Cortes se han fecho?
 ¿ Por que, siendo Cortesano,
 Traeis la barba y cabello
 Descompuesta y desviada
 Como los padres del yermo?

Pues aunque vos lo pregunto,
 Asaz que bien os entiendo,
 Bien conozco vneas mañas
 Y el semblante folagüeno
 Querreis decir que cuidando
 En mis tierras y pertrechos
 No cuidades de aliñaryos
 La barba y cabello luengo.
 Al de Alcalá contrariásteis
 Mis treguas, paz y concierto,
 Bien como si el querer mio
 Tuvierades por mi vneso.
 A los fronterizos Moros
 Diz que tenéis por tan vnesos
 Que os adoran como á Dios;
 Grandes algos habréis dellos.
 Quando en mi jura os hallásteis
 Despues del triste suceso
 Del Rey Don Sancho mi hermano,
 Por Bellido, traydor muerto;
 Todos besaron mi mano
 Y por Rey me obedecieron;
 Solo vos me contrallásteis
 Tomándome juramento.
 En Santa Gadea lo fice
 Sobre los quatro Evangelios,
 En el balleston dorado,
 Teniendo el quadrillo al pecho.
 Matárades á Bellido,

Si ficierais como bueno,
 Que no ha faltado quien dixo
 Que tuvisteis asaz tiempo.
 fasta el muro lo seguisteis,
 Y al entrar la puerta adentro;
 Bien cerca estaba quien dixo,
 Que non osásteis de miedo.
 Y nunca fuéron los míos
 Tan astutos y mañeros,
 Que cuidasen que Don Sancho
 Muriese por mis consejos.
 Murió, porque á Dios le plugo,
 En su juicio secreto,
 Quizá porque de mi padre
 Quebrantó sus mandamientos.
 Por estos desaguisados
 Desavenencias y tuertos,
 Con título de enemigo
 De mis reynos vos destierro.
 Yo tendré vuestros Condados
 fasta saber por entero
 Con acuerdo de los míos
 Si confiscárvoslos puedo.
 No repliquedes palabra;
 Que vos juro por San Pedro
 Y por San Millan bendito,
 Que vos enforcaré luego.
 Estas palabras le dixo
 El Rey Don Alonso el sexto

Inducido

Inducido de traydores,
 Al Cid, honor de sus Reynos.

XII.

Respuesta del Cid.

Téngovos de replicar
 Y de contrallarvos tengo,
 Que no han pavor los valientes,
 Ni los non culpados miedo.
 Si finca muerta la honra
 A manos de los denuestos,
 Ménos mal será enforcarme
 Que el mal que me habedes fecho.
 Yo seré en tierra humildoso
 A guisa de vneso siervo,
 Que teniendo los mis brazos
 Cuido alzarme sin los vnesos.
 Cúbranse, y non vos acaten
 Los ociosos falagüenos,
 Que magüer yo no lo soy,
 Me puedo cubrir primero.
 Dos vegadas hubo Cortes,
 Desde antaño por invierno,
 Diz que por la pro comun,
 O por los vnesos provechos.
 Vos en Leon las ficisteis,
 Pero yo en los campos yermos,
 Faciendo las mías, desfice

Tomo II.

26

Del contrario los petrechos.
 Lo fecho en Alcalá vedes
 Non lo que fué primero ,
 Y es mal juzgador quien juzga ,
 Sin notar todo el proceso.
 Folgá que el Moro de allende
 Respete mis fechos buenos ,
 Que si non me los respeta
 Non vos guardarán respeto.
 Asaz me semejais blando ,
 Porque de tiempo tan luengo ,
 De apretarvos en la jura
 Vos duele el escocimiento.
 Mentirá el que me achacare
 Del traydor Dolfos el tuerto
 Que sabedes lo que fué ,
 Y lo que no fué en el reto :
 Además, que sin espuelas
 Cabalgué entónces por yerro.
 Vencen pesadas falsías
 Al noble y sencillo pecho :
 Y pues gasté mis haberes
 En prez del servicio vueso ,
 Y de lo que hube ganado
 Vos fice Señor y dueño ,
 Non me lo confiscarédes
 Vos ni vuestos compañeros ,
 Que mal podrédes tollerme
 La hacienda que no tengo.

De hoy mas seré facendoso
 Pues hoy de vos me destierro ;
 Y de hoy para mi me gano
 Pues hoy para vos me pierdo.
 Estas palabras decia
 El noble Cid , respondiendó
 A las querellas injustas
 Del Rey Don Alfonso el sexto.

XIII.

Reconciliacion del Rey con el Cid.

Ceñid los membrudos brazos
 Al cuello que bien os quiere ,
 Por ser asaz de tal dueño
 Que el mundo otro par no tiene.
 No rehuyais de abrazarme ,
 Que abrazos de home tan fuerte
 Desentollecen mis tierras
 Y las de Moros tollecen.
 Facedlo, que bien podeis,
 E cuidá no me manchedes ,
 Que aun finca en las vuestas armas
 La sangre Mora recieate.
 No atendáis tuertos que os fice
 Pues tan buen premio merecen ,
 Que no quise en mi servicio
 Home á quien le sirvan Reyes.
 Si vos desterré, Rodrigo,

Fué porque á Moros que crecen,
 Desterreis sus fechorías
 Y las vuestas alto vuelen.
 No vos eché de mi Reyno
 Por falsos que vos mal quieren,
 Si porque en tierras agenas
 Por vos mi valor se muestre:
 De Albar Fañez vuestro primo
 Recibi vuestro presente,
 No en feudo vuesto, Rodrigo,
 Sino como de pariente.
 Las banderas que ganásteis
 A Sarracenos de allende
 Por vuesa mandadería
 En San Pedro las verédes:
 La vuesa Ximena Gomez
 Que tanto vos quiso siempre,
 Porque la demaridé,
 Mil pleytos contra mí tiene.
 Non escuchéis sus querellas
 Quando á mí las enderece,
 Que á las fembras mas astutas
 Qualquier enojo las vence.
 Atended en su presencia,
 Que cuido que vos atiende
 Mas ganosa de vos ver,
 Que vos venides de verme.
 Que si malos consejeros
 Facen oficios que suelen,

En cambio de saludarme,
 Atendédes mi muerte.
 Non atendáis, home bueno,
 Así os valga San Llorente,
 Y riñas, de por San Juan,
 Sean paz que dure siempre.
 Prended al cuello mis brazos
 Que vuestos brazos bien pueden
 Prender en paz v uesto Rey,
 Pues en guerra cinco prenden.
 El Rey Don Alfonso el Sexto
 Le dice esto al Cid valiente,
 Que de lidiar con los Moros
 Victorioso á su Rey vuelve.

XIV.

Las hijas del Cid.

Al cielo piden justicia
 De los Condes de Carrion
 Ambas las fillas del Cid
 Doña Elvira y Doña Sol.
 A sendos robles atadas
 Dan gritos que es compasion,
 Y no las responde nadie,
 Sino el eco de su voz.
 El menosprecio y afrenta
 Sienten; que las llagas non;
 Que es dolor á par de muerte

26**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES" 4

Edm. 1608 MONTREILLY, MÉJICO

En la muger un baldon.
 Tal fuerza tienen consigo
 La verdad y la razón,
 Que hallan en los montes duros
 Y en las fieras compasión.
 A los lamentos que hacen
 Por allí pasó un pastor,
 Por donde no puso pies
 Cosa humana si ahora no.
 Danle voces que se acerque,
 Y él non osa de pavor;
 Que son hijos de inorancia
 El empacho y el temor.
 Por Dios te rogamos, home,
 Que hayas de nos compasión,
 Así tu ganado vaya
 Siempre de bien en mejor.
 Nunca le faltan las aguas
 En el estío y calor;
 Las yerbas no se le sequen
 Con la helada y con el sol.
 Tus tiernos fiyuelos veas
 Criados en bendición,
 Y peynes tus blancas canas.
 Sin dolencia y sin lesión,
 Que desates nuestras manos,
 Pues que las tuyas no son,
 Como las que nos atáron
 Con malicia y con trayción.

Ellas en estas palabras,
 Don Ordoño que llegó,
 En hábito de Romero
 De órden del Cid su Señor,
 Pretamente las desata,
 Disimulando el dolor.
 Ellas que lo conocieron
 Juntas lo abrazan las dos.
 Llorando les dice primas,
 Secretos del cielo son,
 Cuya voz y cuya causa
 Está reservada á Dios:
 No tuvo la culpa el Cid,
 Que el Rey se lo aconsejó;
 Mas buen padre teneis, dueñas,
 Que vuelva por vuestro honor.

XV.

Querrela del Cid contra los Condes.

Años hace, Rey Alfonso,
 Que solo en vuestro servicio
 El arambre de Tizona
 Apenas lo he visto empio,
 Y que mi pobre Ximena
 Nacida en contrario sino
 Fué por mi sola de padre,
 Como por vos de marido.
 Ella en mi ausencia ha llorado

El medio lecho vacío,
 Mientras que yo derribaba
 Mil estandartes Moriscos.
 Testigos tengo presentes,
 Y vos Rey, sois buen testigo
 Que he atropellado mas lunas
 Que el sol ha durado siglos.
 Fui en mi juvenil discurso
 Rayo en vuestros enemigos,
 Como agora son mis canas
 Terreros de mal nacidos.
 Todo lo gobierna el cielo
 Con su nivel y destino
 Desde la tierra á su altura
 Y desde el cielo á su abismo.
 Al pavon le dió sus pies,
 Al águila el corbo pico,
 Y al leon la calentura
 Porque estén ménos altivos.
 Dos fillas tengo, Señor,
 Y porque robé al serviros
 El tiempo del engéndrarlas,
 Las engendré con delito:
 Agraviaronlas traydores,
 Y por haberse atrevido
 Aunque mi brazo pudiera,
 Solo al vneso lo remito.
 Dos alevosos cobardes,
 Cuyos corazones tibios

Al temor hacen altares,
 Y le ofrecen sacrificios;
 Carrion les da tributo
 Como la fama al olvido,
 Y como yo me querello
 De tal injuria ofendido.
 Levante vuesa justicia
 El peso con el cuchillo,
 Que aunque suyo sea el peso,
 El pesar ha de ser mio.
 Si la justicia en las armas
 Falló el natural abrigo,
 Ya sirvo yo con las mias;
 Faced justicia y castigo.